

EL DEFENSOR DEL OBRERO

EL OBRERO YA ES LIBRE

Si, ya es libre el obrero; ya puede dedicarse a conseguir sus justas reivindicaciones, sin el temor de caer en las redes de nuevo explotadoras.

Muchas veces hemos sentido una lástima inmensa ante la situación de nuestros obreros; una doble lástima, porque al huir el obrero de la explotación de arriba, del patrono, venía a dar en la explotación de abajo, o socialista en cuyas organizaciones buscaba el remedio de su situación y se encontraba con una tiranía de nuevo cuño, mil veces más detestable que aquella otra, puesto que se presenta adornada con el hermoso ropaje de la fraternidad.

Si, repetimos con noble orgullo e íntima satisfacción, nosotros que vivimos dedicados a la propaganda social; el obrero es libre, y esa libertad, ese abrigo consolador en la lucha económica que es obligado a sostener se lo da el sindicalismo católico.

Ya se que no hablamos a humos de paja. El sindicato católico de ferroviarios de Valladolid ha escrito en la pasada huelga una página hermosísima, en ella se lee el fin de la explotación que en la clase obrera venía ejerciendo el socialismo.

Y no se crea, por esto que decimos que el sindicalismo católico se opone sistemáticamente a la huelga, no; los católicos sociales entendimos también a las huelgas como medio de conseguir las justas reivindicaciones del obrero, y en el extranjero hemos visto a un insigne Prelado de la Iglesia Católica pedir limosna por las calles para socorrer a unos trabajadores que habían ido a una huelga justa.

«Pero no podemos ir a todas las huelgas, porque la huelga es un arma de dos filos que muchas veces perjudica más al obrero que al patrono, y además ciertas huelgas no responden a un fin social, a una necesidad económica de los obreros, si no son artificiales, impuestas y declaradas por agitadores de oficio que arrastran al obrero a su perdición con tal de satiar ellos sus apetitos inconfesables.»

He aquí cómo se expresaba el Sindicato católico de ferroviarios de Valladolid: «En Bilbao todas las huelgas las han perdido los obreros por el asedio del hambre. El primer día todo lo pedían los huelguistas; el segundo, lo que pedían eran limosnas; el tercero, se entregaban a los patronos; el cuarto, maldicían de sus directores. Los obreros organizados de otros países nunca declaran las huelgas sin contar en las cajas de resistencia con medios económicos para luchar hasta el día de la victoria.» Hay además otra razón, y es que la huelga era injustificada y antipatriota.

Ya lo sabe el obrero; si desea conser-

var su libertad, fundamento de sus reclamaciones económicas, haya de las sociedades de resistencia que albergan agitadores de oficio y acuda a los sindicatos católicos donde impera la verdad y la justicia social.

MATARIS

Aves de paz

Sé moderado en gozar y humilde para sufrir; que así puede encontrar más duradero el reír y menos triste el llorar.

Haz, para que siempre creas el mar de tu vida en calma, que se refleje en tu alma cuanto con los ojos veas.

Y cuando alguna traición te arrojes a castigar, pon de juez tu corazón, que él encontrará razón para poder perdonar.

FRANCISCO ARÉVALO

Estudios Sociales

LOS AFRANCESADOS

¿Pensáis que se acaba la maldita raza de los que cortejaron vilmente a Napoleón y a su Pepe? ¿De los que traicionaron a su patria adelantando servilmente al gran corso? ..

No; todavía alientan muchos conspicuos desobedientes políticos de aquellos extranjeristas, para traducir y adaptar los disparatados radicalismos de la bárbara democracia ultrapirodica.

De esta moda estúpida se aprovechan los explotadores de allá para importarnos inútil cosas que maldito lo que nos importan.

«Nutrimos las bibliotecas con lo que el... intelectualismo francés nos brinda; viajamos por ferrocarriles que el capital francés nos construye; nos disfrazamos de Estado moderno calçado sobre instituciones francesas; volcamos el Journal Official en nuestra Gaceta.»

¡Esto decía Costa, testigo abonado para el caso!

El Camino de una vida

Era entonces Pepín muy niño. La primera luz de la inteligencia comenzaba a clarear en el cielo de su alma.

«¿Qué alegre y juguetón saltó del regazo de su madre para echar a correr por la senda de la vida!»

«La vida! ¿qué sabía él entonces lo que era la vida? Pero lo atraía como atraen los abismos sin fondo, pero lo fascinaba como fascinan los grandes misterios, pero lo entusiasmaba como entusiasmaba a Colón aquel mundo lejano que indivinaba más allá de mares inmensos, de negras sombras, de ignotos horizontes.

Su Ángel de guarda, poniendo cari-

ñosamente su blanda mano sobre el hombro del niño y mirándolo tierna y hondamente le dijo:

—¡Detente!... ¡Escucha!... ¡No lo olvides jamás!... ¡Eres cristiano, hermanito mío! Tu alma es blanca, más blanca que esos copos de nieve que has visto caer en los días de invierno; hermosa, más hermosa que el diamante que brilla con todos los matices de la luz. ¡Eres hijo de Dios!... templo de Dios y heredero de sus reinos. Sé bueno todos los días de tu vida y llegarás al Cielo.

—¡El Cielo! ¡Qué hermoso, ángel mío, debe ser el cielo! Mi mamá me ha dicho muchas veces que en el Cielo verá a Dios mi Padre y a la Virgen Santísima mi Madre; y que los dos me darán todos los juguetes y ornates que quiera y que allí jugaré con los ángeles para siempre. ¿Está muy lejos el Cielo?

—Sí, querido mío, para tí aún está muy lejos, más allá de las sombras de la muerte.

—Entonces me voy a cansar, ángel mío, y no voy a poder llegar.

«Está muy lejos! y, no te lo quiero ocultar, el camino es estrecho y áspero, sembrado de piedras y espinas y en todo él tropiezaré con ladrones, con serpientes, con demonios. ¡Qué poco has llegado al fin!»

Turbáronse los ojos del niño, saltaron las lágrimas, estremecióse su corazón y arrojándose en brazos de su ángel y escondiendo la cabezita en su seno murmuró:

—Tengo miedo, no quiero ir más lejos, ahora que soy bueno quiero morir.

El ángel inclinóse levemente y le dijo al oído con voz suavísima: ¿sabes quien es Jesús? ¿sabes quien es María?

—Sí, sí, respondió al punto levantando su blonda cabellera. ¡Jesús es mi Redentor! María es mi Madre, mi esperanza! Así me lo ha enseñado mi madre.

El espíritu puro sonrió felizmente y estampando un beso de cariño sobre la frente del inocente... no temas, hermanito mío le dijo, Jesús tu amor y María tu esperanza te llevarán al cielo...

Hecha la señal de la cruz se pusieron en marcha aquella hermosa mañana en la cual brillaba el primer rayo de un sol esplendoroso; en el campo se abrían los botones de las flores para embriagarse con aquella luz purísima... murmuraban las fuentes... ensayaban los primeros gorjeos las cantoras ave-cillas... las lindas mariposas revoloteaban vanidosas y tentadoras de flor en flor.

Pepín a veces rezaba... a veces quería detenerse a coger una rosa, a beber una gota de agua, a cazar una mariposa, a perseguir un pajarillo.

Mas el ángel, señalándole a lo lejos el alto cielo le decía: ¡Adelante!

Y caminaba sin parar. Ya había andado mucho... la senda era cada vez más áspera y estrecha... el sol desde la mitad del cielo dejaba caer implacable sobre su cabeza torrentes de fuego... el sudor bañaba su frente...

«¡No podía más! Ya no hablaba... tampoco tenía fuerzas para rezar. ¡Estaba rendido!»

A entrambos lados del camino angosto y pedregoso se extendían campos risueños, forestas encantadoras, paisajes sorprendentes sembrados por espesos árboles y cruzados por frescas y cristalinas ondas. Por allí divagaban jóvenes coronados de flores, damas cubiertas de perlas, ricos muellamente reclinados en montones de oro, héroes llevados en triunfo por los brazos de muchedumbres delirantes... todo, todo era objeto de seducción.

Y aquellas gentes que parecían ébrias de deleites, de gloria y de riquezas alargaban hacia Pepín sus brazos y le invitaban a descansar, a gozar, reír y cantar.

«¡Y Jesucristo! Fue un momento de locura...»

Cegáronle las pasiones, lo engañó el mundo. En un acceso de delirio no supo lo que hizo.

Cuando volvió en sí se encontró feo y abominable como cadáver putrefacto, cargado de cadenas en una caverna a donde llegaban fuego y hedores de infierno y en que resonaban las maldiciones y los ayes de los reprobos. ¡Estaban al borde del abismo eterno! ¡No era delirio de su imaginación! ¡Era realidad de su fe!

Lloró su triste desventura, su triste cautiverio; se lamentó de la pérdida de su inocencia, de su corazón profanado, de su alma envilecida; lloró sobre aquella cruz en que clavó con sus pecados a su buen Jesús, lloró amargamente todas las lágrimas de sus ojos, todas las hieles de su pecho.

Cuando alzó los ojos, hinchados de tanto llorar, vió a su lado al ángel que también lloraba.

Llora, le dijo con voz compasiva, el espíritu alado; llora, que las lágrimas son el bautismo de las almas pecadoras; llora y espera.

«¿Quién podrá alcanzar perdón de mis enormes pecados?»

No aumentes con la desconfianza la gravedad de tus culpas. ¿No sabes que Jesús murió por los pobres pecadores? ¿Ignoras que María es la esperanza del hombre?»

Un rayo de luz celestial disipó las tinieblas del abatido espíritu de Pepín... Cayó de rodillas, pidió perdón a Jesús, confió en María y la mano del sacerdote cristiano bañó con la sangre divina del Redentor las impurezas de su conciencia.

Dió un adiós eterno al mundo, a las pasiones, a Satanás y al pecado y echó a andar. Entre tanto el ángel señalába-